

RETOS A LA educación humanista

Por P. Carlos Romo*

RESUMEN

El autor, a partir del título propuesto para el artículo, expone los retos a los que debe responder la educación de hoy, así como el carácter de humanista que a la misma confiere. A lo largo de las páginas su discurso transcurre en una visión humanista y cristiana del quehacer pedagógico.

ABSTRACT

The author speaks about the challenges that the education must answer nowadays, and the character of humanistic that it has. Along the pages his discourse moves in a humanist and christian vision of pedagogical task of teaching.

PALABRAS CLAVES

Educación humanista, humanismo.

Sobre el tema

El título "Retos a la educación humanista" puede parecer estar claro a lo que se refiere con ese título. Pero si observamos los discursos a los que da motivo, veremos que no está tan claro porque la mayoría de ellos se ciernen a definir lo que es educación humanista o se limitan al exponer el concepto clásico del mismo. Las diferencias de los distintos discursos se deben a las distintas filosofías con que se aborda el tema. Para mí es fundamental redefinir los conceptos que se manejan en el título con sus implicaciones. Para definirlos se requiere poner dichos términos en su contexto o sintaxis pertinente.

Consideremos primeramente el término "retos". Estos pueden venir propuestos por la sociedad. A ellos debe responder toda educación so pena de caer en una desconexión entre educación y sociedad, lo cual sería inaceptable. Hay que ver, por tanto, los problemas que tiene la sociedad y ponerlos como objetivos de la educación humanista. El papa Benedicto XVI presenta, en este sentido, tres desafíos fundamentales que hay que acometer en el momento actual: 1. el equilibrio del medio ambiente: «*Afrontar este desafío, exige un visión interdisciplinar*» y «*una capacidad de evaluar y prever, de dar seguimiento a las dinámicas del cambio ambiental y del desarrollo sostenible, así como delinear y aplicar soluciones a nivel internacional*»¹. 2, atañe al respeto a la persona humana: «*si los seres humanos no son vistos como personas, hombre y mujer, creados a imagen de Dios, dotados de una dignidad inviolable, será muy difícil alcanzar una plena justicia en el mundo... es necesario avanzar mucho para asegurar que este reconocimiento tenga consecuencias sobre los problemas globales*». 3, El tercer desafío es el peligro de que la sociedad tecnológica destierre los valores del espíritu:

«La globalización ha provocado un aumento de la interdependencia de los pueblos, con sus diferentes tradiciones, religiones y sistemas de ecuación... Por ello es cada vez más importante la necesidad de un diálogo que pueda ayudar a las personas a comprender

* cromo@pucei.edu.ec Magisterio, Escuela Normal de Barcelona (España); Licenciado en Filosofía, Universidad Central de Barcelona (España); Licenciado en Teología, Universidad de Bonn, Alemania; Ph. D. en Filosofía, Universidad Central de Barcelona, España. Docente de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

¹ Mensaje enviado a la presidenta de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales, la profesora Mary Ann Glendon, con motivo de la clausura de la Sesión Plenaria celebrada en el Vaticano sobre el tema «Caridad y Justicia en las relaciones entre pueblos y naciones», del 27 de abril al 1 de mayo.

las propias tradiciones en el momento en el que entramos en contacto con las de los demás para desarrollar un mayor autoconocimiento ante los desafíos planteados a la propia identidad, promoviendo de este modo la comprensión y el reconocimiento de los auténticos valores humanos, en una perspectiva cultural».

Detrás de todo ello están las amenazas: si no se cambia el trato al medio ambiente, la tierra en poco tiempo se va a hacer inhabitable, inhumana, atroz. La pérdida de valores espirituales y del respeto a la persona significa la entrada a una sociedad permisiva en que lo bueno va a la mano con lo malo, sin crear diferencia alguna. Ello conduce a las injusticias humanas de hoy en día a falta del valor moral con que se discierne por qué el bien y lo perfecto es mejor que lo malo o lo menos bueno. La pérdida de valores morales significa la ausencia de personalidad moral. La ausencia de templanza con la que se puede frenar el instinto pasional lleva a las dependencias sexuales que encierran el germen de la degeneración, del abuso de menores, de los abortos y otros.

Si los retos educacionales se sacan de la sociedad queda establecida la relación sintáctica de los retos de la educación entre personas y sociedad. Hay que educar la persona capaz de resolver los retos que presenta la sociedad. La persona sensible siente la responsabilidad de dar una solución a los peligros que los desafíos fijados anuncian.

Sobre lo humano

El término "humanista" en su sentido tradicional no se define en la sintaxis hombre - sociedad, sino en la relación del hombre consigo mismo. En este sentido hay que leer el texto de Delors: *"La educación no sirve únicamente para proveer el mundo económico de personas cualificadas; no se dirige al ser humano como agente económico, sino como finalidad del desarrollo. Realizar plenamente los talentos y aptitudes que cada persona lleva en sí responde a la vez a su misión fundamentalmente humanista, a la exigencia de equidad que debe guiar toda política educativa y a las verdaderas necesidades de un desarrollo endógeno, respetuoso del ambiente humano y natural y de la diversidad de tradiciones y culturas"*²

La educación humanista es educación del hombre que revierte para el hombre mismo. El hombre educa su forma de ver el mundo. Desarrollar su sensibilidad por su historia, por el arte, por su moral, por la estima del bienestar, "es en realidad educar para ser seres humanos"³. En este sentido hay que entender el concepto de humanista: que el hombre sea más el mismo. Heidegger se mueve en este sentido en su Carta del humanismo. Para él el hombre tiene que hacerse con su ser en su totalidad: *"Por muy diferentes que puedan ser estos distintos tipos de humanismo en función de su meta y fundamento, del modo y los medios empleados para su realización y de la forma de su doctrina, en cualquier caso, siempre coinciden en el hecho de que la humanitas del homo humanus se determina desde la perspectiva previamente establecida de una interpretación de la naturaleza, la historia, el mundo y el fundamento del mundo, esto es, de lo ente en su totalidad"*⁴.

El hombre, para Heidegger, encuentra su esencia, su realidad humana, su humanidad en su "ser en el mundo". El hombre vive ese ser fuera de sí y siente cómo le interpela desde ese "ser ahí fuera" sobre su realidad. Su humanismo reside en apoderarse con la razón de su ser existencial: *"La metafísica se cierra al sencillo hecho esencial de que el hombre sólo se presenta en su esencia en la medida en que es interpelado por el ser. Sólo por esa llamada «ha» encontrado el hombre dónde habita su esencia. Sólo por ese habitar «tiene» el «lenguaje» a modo de morada que preserva el carácter extático de su esencia. A estar en el claro del ser es a lo que yo llamo la ex-sistencia del hombre. Sólo el hombre tiene ese modo de ser, sólo de él es propio. La ex-sistencia así entendida no es sólo el fundamento de la posibilidad de la razón, ratio, sino aquello en donde la esencia del hombre preserva el origen de su determinación"*⁵.

² Informe de la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el siglo XXI, presidida por Jacques Delors. Mexico, Corre de la UNESCO, 199, pag. 84.

³ Comissió de les Ciències. El progreso tecnológico y la formación humanística. Ple: 29 de noviembre de 2004 a la Consellería de Cultura.

⁴ Martín Heidegger. Carta del humanismo.

⁵ Iden

Savater no va más allá de Heidegger cuando escribe: “La educación humanista consiste ante todo en fomentar e ilustrar el uso de la razón, esa capacidad que observa, abstrae, deduce, argumenta y concluye lógicamente... Debe ser una de sus principales tareas fomentar el espíritu crítico...Y en especial se ha de potenciar en quienes aprenden la capacidad de preguntar y preguntarse, esa inquietud sin la cual nunca se sabe realmente nada aunque se repita todo”⁶.

Savater acentúa la racionalidad lógica humana y pierde en la fuerza metafísica de Heidegger fundada en esa nota extática de su existencialismo que le da el sentirse en el mundo. Los puntos referenciales de la razón son distintos en uno y otro autor, pero la sintaxis es la misma: el hombre referido a sí mismo. El discurso abstracto y duro de entender de la metafísica heideggeriana se aclara si se le pone en contexto con la tradición filosófica alemana. El mismo Marx está motivado por encontrar el sentido de lo humano que movió el pensamiento de Feuerbach: que el hombre sea lo propio de su ser y no algo que lo enajene. Feuerbach formulaba que el discurso religioso era falso en cuanto que no existía Dios alguno, sino que eso de que se hablaba de Dios pertenecía al hombre mismo. La filosofía de Feuerbach se reduce al intento de atribuir la realidad de Dios al hombre. El hombre debe referirse sólo a sí mismo.

Marx nos presenta una versión social del mismo modelo humanista. El hombre vive en una sociedad que le enajena, que no le permite ser el ser social que es. La realización de ese humanismo social sólo puede darse en una sociedad comunista. Éste es el objetivo de su filosofía y la propuesta de su revolución social: «En la producción social de su existencia los hombres se encuentran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad, es decir, en relaciones de producción, que corresponden a un determinado nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso social, político y espiritual. No es la conciencia la que determina el ser

de los hombres sino que, al contrario, es el ser social de los hombres el que determina su conciencia».⁷

Según la propuesta marxista, el humanismo sólo vendrá con el cambio de la estructura social. Si esta es humanista, el hombre será humanista. La explicación de la filosofía marxista radica en que para Marx, el hombre encuentra su ser, no en la individualidad de su ser, sino en la colectividad de la sociedad. El hombre se pone en sintaxis con la sociedad: ser en sociedad frente al ser en el mundo de Heidegger.

El lenguaje de los cristianos, no ya en boca de los laicistas, sino de los cristianos mismos, no es muy distinto en sus explicitaciones, pero sí con apertura distinta: “La educación integral intenta el desarrollo interno y multidimensional de la persona para que aprenda a “saber, saber hacer, saber estar y, en definitiva, a saber ser”. El saber es una tarea humanizadora, porque la información es una capacidad para el desarrollo de la persona humana. Enseñar a saber hacer capacita la persona para resolver los problemas concretos y sus necesidades diarias. Aprender a saber estar ayuda a tener sentido de la complejidad de la realidad y capacita para poder vivir pacientemente la lentitud inevitable en el dinamismo de la transformación personal y social. El saber, el saber hacer y el saber estar conducen al saber ser. El saber ser consiste en vivir el momento presente desde la coherencia, la confianza básica, la sencillez y el amor, sabiendo quienes somos, de dónde venimos y a dónde vamos, es decir, estando abiertos a la trascendencia”⁸.

Cómo entender el sentido de ser en el marco de un pensamiento filosófico es sumamente complicado. Por todo ello se hace evidente que el término humanista no es tan simple de entender. En su definición va implicada una filosofía que bien puede ser confesada explícitamente, o reconocida de forma implícita. Hablar con claridad hace necesario confesar explícitamente

⁶ Fernando Savater, El valor de educar. Barcelona, Ariel 199, pag. 134,138,139.

⁷ K. Marx. *Zur Kritik der politischen Oekonomie*. Traducción italiana de B. Spagnuolo Vigorita, Roma 1976, pág. 31.

⁸ Mensaje de la Comisión de la Conferencia Episcopal Española de Pastoral Social: «Caridad y educación integral». Madrid, 2007

la filosofía que define el humanismo que se confiesa. Sólo desde su definición se pueden fijar los retos que nos propone, la necesidad del cambio humano y los objetivos de una educación humanista y los modos de afrontarlos.

Sintaxis educador – educando

Si hablamos de educación tenemos que poner en relación a dos personas distintas: al educador y al educando. El educador debe tener y vivir la integridad del ser que el educando no tiene y se lo quiere transmitir. El educando por su lado busca alcanzar la integridad de su ser y tiene el derecho a exigirla. Se puede entender por reto en esta sintaxis complementaria el reto del educador a comunicar lo que el educando requiere para que alcance la integridad de la que carece. Pero puede que el término reto afecte a los dos: ambos carecen de la integridad del ser. La educación humanista implica a los dos, al educador y al educando, de igual modo que el filósofo y requiere de un seguidor para formar escuela.

Un problema grave se da cuando el educador vive la integridad de su ser, quiere comunicarla, pero el educando se niega y convierte esa misma actitud en reto de la educación. Entonces éste se convierte en la aventura de salvar lo insalvable.

Los desafíos en este contexto educador - educando no subyacen directamente en la sociedad, sino en la persona. El desafío de la pérdida de valores se puede observar en la realidad social, pero la raíz de dicha pérdida se encuentra en las personas que conforman la sociedad. Sociedad es convivencia de personas más que sistemas sociopolíticos y económicos. Algo de inhumano se da en el hombre cuando la sociedad no funciona. La malicia, las egotizaciones, que surgen cuando el hombre se mira a sí mismo, a sus intereses, a sus placeres, inundan de males la sociedad.

Y el referente social

El contexto educador-educando es el fundamental en la acción educativa. Pero realmente no se puede disociar de la sociedad. Sencillamente porque el hombre ni vive ni es un ser individual, sino un ser en relación.

Es una persona que no puede vivir su ser, ni ser una persona integral si no vive la relación con las otras personas. La frase paulina: No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí⁹, puede aquí aplicarse a la relación: no soy yo quien vivo, son los otros quienes viven en mí. La sociedad no es realidad en sí, sino lo que se da en dicha convivencia entre las personas. No se puede hablar de moral sin partir del hecho que marca el comportamiento de una persona para con la otra. La unión o vínculo que tengo con la otra persona me obliga a tener un trato digno. La moral tiene razón de ser en la otra persona. Ese ser con las otras personas nos descubre no una sociedad en tanto sociedad, sino la dimensión social de la persona sustentada en la unión de las personas. Esta relación social pertenece al concepto de humanismo. La educación humanista tendrá que recoger este vivir con los otros y para ellos. Esta perspectiva se opone a la marxista que pone la consciencia de la persona en función de la sociedad. En la perspectiva que proponemos es la sociedad la que se pone en función de la persona. Por ello mismo se puede entender la exigencia de una educación humanista como educación integral del hombre para crear una sociedad más justa y pacífica y el valor de la inversión en la educación. El contexto de esta perspectiva es el de educador-educando-sociedad.

Tras la búsqueda de los retos

La sociedad reclama con grito en garganta, por necesidad urgente de dar un mayor humanismo a la vida. Se apela a la moral para hacer mundo más justo, es decir, más humano. Se apela a la paz para que no se den más muertes, ni más bombardeos, es decir para que sea más humana. Cambiar una sociedad puede parecer algo imposible. Conseguir que el alcoholismo cese en Ecuador, que el terrorismo termine en Colombia, que la intolerancia se acabe en los países islámicos pueden parecer sueños lejanos. Se trata de un mal anónimo que con cara de buen chico oculta una malicia y patología humana. La persona desconoce en su obrar la virtud y sigue el instinto de su pasión sexual llevando a cabo su relación sexual de mil y una forma, con mil y una pareja. La cólera está presta a

⁹ Gal 2,20

saltar para defender cualquiera de sus mínimos intereses. Un pensamiento surge en esta consideración: Hay que cambiar al hombre.

Se me puede sugerir que eso es propuesta para una educación moral de la persona y no humanista. Pero respondo indicando que la moral es una parte fundamental que integra el ser de la persona. No menos que el social. El humanismo requiere de una calidad moral para que pueda ser tal.

El hombre llamado a lo perfecto

La persona requiere de una calidad social, de una calidad moral para alcanzar la integridad de su ser, pero no se agota en ellas. La educación humanista consistirá en desarrollar integralmente lo que es propio a las naturalezas del hombre. Cristo lo recoge más que en su mandato, en un axioma: “Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto”¹⁰. Si el hombre está constituido por la presencia de Dios a su imagen y semejanza, consecuente es que se comporte perfecto a imagen y semejanza suya. El hombre está constituido ontológicamente por la presencia constitutiva de Dios como persona. Debe obrar en conformidad con esa constitución ontológica o mística. Esto es lo que implica la perfección. El hombre tiende a lo mejor, a lo perfecto. Todo reto educativo tiende a la realización de este principio. Que en todo dé de sí lo más perfecto. Esto nos lleva a plantearnos otros retos que miran más allá de la sociedad y del hombre mismo. Su origen hay que verlo en Dios mismo. Dicho de una manera: Dios pone a la educación más retos que cualquier otro. Por ello mismo hay que ir a Dios para encontrar los retos a la educación humanista.

El referente divino en la educación humanista

El supuesto de que Dios es el que propone los retos humanistas al hombre puede ponerse la revelación bíblica y la enseñanza de Cristo. El mandato de la santidad y del amor, sus enseñanzas todas encierran retos a la integridad humana. La razón para ello es, como se ha dicho, que el hombre tiene una naturaleza deitática que proviene de un espíritu inhabitado por el absoluto. Dios da al hombre con su presencia constitutiva su conciencia ontológica. Esta es la fuen-

te de todo humanismo presente y pasado. El hombre no es un ser en el mundo a lo heideggeriano, sino un espíritu inhabitado e inspirado por Dios. Dicho con palabras sencillas o poéticas. Es un ave que vuela por el azul divino. Eso es lo más propio del hombre. En ese vuelo se encuentra la más fina sensibilidad para lo bueno y lo bello. Desde los altos azules se divisa con más claridad las bellezas de los paisajes humanos. El ser de Heidegger es demasiado triste cargando con la muerte. Esta naturaleza deitática es lo más propio del ser humano. Es aquí donde la persona humana es verdaderamente persona. Ésta es la que humaniza toda la existencia humana.

La persona que quiera alcanzar un mayor terreno para cosechar su humanismo debe entrar en contacto con el absoluto. Benedicto XVI enseña que para profundizar y conocer las verdades cristianas se requiere “una educación en el silencio” ya que es necesario “ser capaces de escuchar” al Dios que nos habla. Dios habla en el silencio, enseña la tradición mística. Solo el discurso que procede de ese silencio tiene “un cierto valor y utilidad” librándolo del sometimiento del “consenso de la opinión pública».

Para ello la persona debe pasar por la educación del silencio porque sólo en él puede romper los límites de sus individualismos con todos los subjetivismos y ponerse en relación con ese más que uno mismo. No puede dejarse la presencia de Dios, la actuación del mismo en uno, sin romper al horizonte de la vida.

Pero el hombre tiene una segunda naturaleza. Es la naturaleza humana que la conforma el espíritu con su alma y su cuerpo. El cuerpo con su carga de inconsciencia y el alma con su carga de subconsciencia están asumidos por un espíritu. Al asumir éste a ambos los carga ontológicamente de sentido y dirección. De esa manera se humaniza con dimensión ontológica el cuerpo y el alma. El sentimiento se llena de misericordia y compasión y hace al hombre llorar ante la pena ajena. Dios mueve y transforma al hombre penetrándole en las más profundas entrañas, cuando éste sigue la inspiración divina. Ésta es la dimensión que llevó a Tomás Moro a soñar con su “Utopía”. Pero al caer

¹⁰ Mt 5,48

esa naturaleza en manos de hombres que no se dejan guiar por el espíritu, sino por el instinto de su carne instintiva y del sentimiento falaz de un corazón egoísta, convierten el sueño en verdadera utopía.

El humanismo ontológico que Dios otorga e inspira requiere del hombre la liberación de sí mismo, de sus perezas, de sus soeces y brutalidades, de su somnolencia y malos gustos, de sus irresponsabilidades y inconsciencias. La humanización significa liberar al hombre de todo ello para ponerlo en lo más puro de su naturaleza deitática. Visto así, Dios define al hombre como verdadero humano y el hombre queda definido en su humanismo puro. La educación humanista significa alcanzar el desarrollo que le marca la consciencia ontológica constituida por Dios. Hacerse con ella es poseer el verdadero ser. Obrar desde ella supone un verdadero despliegue humanista del hombre.

Un reto humanista

Un reto que el Papa ha lanzado a los católicos y a los hombres de otras religiones y filosofías laicistas es el de entablar un diálogo con base a la razón. Benedicto XVI pone la confianza de que pueden llevar a cabo un diálogo constructivo con base a la razón. Pero la razón tiene que estar bien formada. Ciertamente, ello producirá un mayor entendimiento entre las gentes aportando el fruto de una paz y unidad en la convivencia entre los pueblos. El motivo de este reto es la confrontación que se vive en el mundo. Es una oposición que va desde la violencia al rechazo y a la enemistad. Esa situación muestra más que la impotencia e incapacidad de la razón por dirigir un diálogo el mal uso que se hace de ella. Por ello es un reto a la educación humanista educar a un buen pensar de la razón. Fijar este reto requiere previamente aclarar lo que supone razonar bien.

La apelación para un razonamiento correcto

La educación de una buen pensar tiene que huir de los supuestos racionales que propone Savater. La crítica que el propone provoca en la realidad más discordia que armonía. Es una razón que se mueve en la lógica de la identidad que se escuda en la abstracción

para proclamarse a sí misma en un absoluto. La razón heideggeriana se pone en función de un existir en el mundo carente de experiencia trascendente sin salir tampoco de un lenguaje lleno de tautologías que lo hacen abstracto e inasequible. La razón sin embargo, al quedar definida como cerebración de la inteligencia, queda puesta como función de la misma. Si además se parte de que lo que la persona intuye con la inteligencia le viene por inspiración del absoluto y no con origen ni en la abstracción ni en los sentidos, la razón queda fuera de ser la fuente del conocimiento humano. La razón no es fuente, ni tiene la función de conocer, sí de aportar una racionalidad a la vida. Esa es su función lógica como el programa de un ordenador. La razón libra al hombre de muchos males, pero no es fuente del Bien. La razón requiere que esté abierta al bien, a la verdad, al absoluto, a la realidad. Es la persona espiritual la que percibe la realidad, la que recibe directamente la inspiración.

La razón y su campo

La apertura al otro puede venir conformada por una veneración. La veneración es el trato al otro llevado desde la piedad que otorga Dios a aquel que ama con su amor. Dios da el sentido de la veneración frente a todo tipo de envidia y resentimiento de los intereses particulares con origen en el egoísmo. El pensar bien requiere vivir esa relación de veneración. Un razonamiento que excluya, por otro lado, al absoluto como principio de la paz, como lo hace el pensamiento abstracto, conlleva una reducción. Se le puede calificar por ello de un mal pensar. La razón abierta a lo trascendente supone que se abre a la presencia de Dios en la consciencia humana y juzga y valora, critica desde ella y con ella todo el vivir humano. Con ello se supera el racionalismo formal y su absolutismo, signo de un malísimo mal pensar. Es la persona quien decide dejar entrar a Dios en su racionalidad o sencillamente le cierra su puerta. Es como en un campo de cultivo. Si se cultiva en poco terreno, lo cosechado será poco. Si el terreno es grande, lo cosechado será mucho. La razón cuida del campo que se tiene.

La razón y la experiencia mística

La racionalización tiene el supuesto de la vivencia experiencial. Ésta adquiere su mayor dimensión cuando incluye la relación personal con el absoluto. Para ello se precisa de un silencio a lo propio de uno para experimentar lo trascendente, digamos, la experiencia mística. El éxtasis cristiano no es el encuentro con el mundo, o las circunstancias de la historia misma al estilo heideggeriano, sino el encuentro de las personas divinas con las personas humanas con el amor que Dios comunica en el creyente que vive su éxtasis. Las personas que se aman se extasían mutuamente compartiendo su vivir. La vida se vive según el dicho de: “vivamos hoy y bebamos, que mañana moriremos” no está llevada por el éxtasis, sino por la pasión y el instinto. Las personas que aman conviven. Esa convivencia se cuida moralmente con las virtudes que posee la persona humana. Todo ello es requerido para que la racionalización tenga la riqueza que debe tener. La razón racionaliza con su lógica en función de esos supuestos. Si no los mantiene en su integridad, por el contrario los reduce, se produce el desastre del que partimos: se piensa mal.

Las experiencias de las personas son distintas. Hay que reconocer una experiencia mística en cada persona, pero con sus límites. Es como reconocer que no todos somos blancos, ni todos negros. La tolerancia, el respeto lleva a la común aceptación. Pero la apertura de unos a otros lleva no sólo a tolerarse, sino a aprender uno de otro. Aquí entra la racionalización. Ella es la que ordena con su lógica el discurso, expresa y funda la experiencia personal que ya se tiene. No aporta ni promueve experiencia, simplemente expone. La razón tiene un límite y una función y no puede saltarlo por alto. La persona tiene su momento para razonar y su momento para experimentar, su momento para vivir y su momento exponer su experiencia vivencial. Poseer una mente serena a modo de Séneca, que todo reflexiona, considera, valora es fruto de un humanismo. Uno de los puntos a donde debe llegar la educación humanista.

La razón y el sectarismo

El problema de las sectas no es tanto su expansión, cuanto su incapacidad de un diálogo y la deficiente racionalidad. Es lo que las convierte en proselitistas. La intolerancia islámica adolece también de una racionalización deficiente. La integración de grupos multiculturales, por el contrario, se verifica allí donde se da una apertura a las personas y domina un pensar sensato.

Consideremos cómo las sectas se fundan en la palabra de Dios. Cuando uno se convierte, acoge como absoluto la palabra revelada. Su razón es práctica en tanto sólo sirve para ayudar a discernir el juicio de lo que dice la Palabra. Su religiosidad se centra en entender la Biblia para atenerse a ella. Su racionalización se pone en función de su religiosidad. No la racionaliza, ni busca el fundamento de la integridad de su persona y su experiencia vivencial. La diferencia de entender el texto bíblico da origen a las múltiples iglesias. Una vez entendida de una forma cesa la razón: ya no tiene nada que cuestionar. No habla desde una racionalidad, sino que muestra su modo de entender la Revelación como verdad que no puede pasar por la racionalización. Con ello tampoco a una conceptualización, lo cual conlleva una deficiencia en la educación humanista.

Más allá del teocentrismo y del antropocentrismo

El teocentrismo propio del las sectas supone un límite a la racionalización. El antropocentrismo es, por el contrario, propio del racionalismo filosófico de un Marx, de un Heidegger y de un Savater, herederos del humanismo antropocéntrico del renacimiento racionalista. Frente a esas opciones cabe tomar la actitud teántrica. Esta es propia de la visión mística del hombre presente en el pensar de Cristo. Si Dios actúa y mueve al hombre, aquel se constituye, con su acción en el hombre, en parte de la persona humana misma. Si Dios actúa constitutiva e inspirativamente en la persona, lo inspirado se proyectará en el ser y la actuación humana, tanto en el campo del arte, como en la estructura del orden social y en su obrar moral y espiritual.

El ser humano que busca la autenticidad huye de la vana gloria para buscar la sólida gloria¹¹. Vanagloriarse significa gloriarse en uno mismo o en algo, que fuera de sí, carece de una solidez y desaparece ante cualquier eventualidad. El gloriarse en lo que uno tiene por lo que Dios le proporciona, tiene verdadera solidez ya que Dios es su fundamento. Lo que obra el hombre viene del absoluto y desde él va constituyendo su mundo cargándole de valores humanos. Como dice san Pablo, hasta en los dolores se gloria uno porque aprende en ello la paciencia y con la paciencia puede vencer las contrariedades de la vida. El resultado que se tiene con ello es que la persona ya no es ser en cuanto ser, sino un ser en relación genética con Dios. La persona despliega unos valores que le son dados como suyos, sin dejar de ser de quien los recibe. El hombre se va a proyectar a los demás hombres, a la trascendencia desde esos valores que va recibiendo. Esos valores humanizan la sociedad, el arte y la vida humana. Esto no es racionalizar, esto es acaso analizar, observar la experienciación humana. Es necesariamente, vida experiencial del hombre.

Dimensiones educativas para el nuevo humanismo

La razón recibe un mayor trabajo cuando tiene que analizar, conceptualizar, valorar, someter a valores científicos esa experiencia mística del hombre. Enseñar a educar tiene entonces dos dimensiones: la educación de la experiencia mística y la educación de la correcta racionalización.

Desde la correcta racionalización se puede diseñar lo que hemos puesto como uno de los retos del humanismo y que nos ha lanzado el Papa Benedicto XVI. El mismo invitaba a conocer el pensamiento de Cristo. Éste no es sin una racionalización y sin una correcta experienciación. Su discurso deja traslucir a un hombre que ha pensado todo detalle de la tradición religiosa de su época. Los doctores de ley, tras hacerle muchas preguntas, dejaron de preguntarle. El discurso de Cristo no es el discurso de un fanático, sino de un hombre que tiene las ideas claras y enseña pacientemente aunque la gente no entienda. No es de un racionalista, pero sí de alguien que usa su razón. Habla lo que escucha de su Padre, pero lo expone con un orden lógico, comprensible para el pensamiento

humano, sencillo. El quería enseñar, debía por ello hablar con una lógica que la entendiesen todos. Que la racionalidad no es todo lo deja entrever Cristo cuando promete el Espíritu Santo como aquel que puede hacer entender y comunicar la realidad trascendente: *“El me glorificará, porque primero recibirá de mí lo que les vaya comunicando. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho que tomará de lo mío y se lo comunicará a ustedes”*¹².

Educación del éxtasis

Entender el pensamiento de Cristo va más allá del punto de partida de los “evangélicos”. No es la palabra literal de lo que se lee, sino la racionalidad de su discurso más la inspiración del Espíritu Santo. La racionalidad se lleva a cabo con la razón. La experiencia mística viene dada por el Espíritu. El silencio es requerido para percibir esa experiencia. El silencio a uno mismo conduce a vivir el propio éxtasis. El éxtasis o Dasein de Heidegger es un ser ahí en el mundo. Para Cristo es un ser ahí en el Padre de quien se tiene el amor, en el tú de quien se ama. Romper todo lo que estorbe este éxtasis es un acto educativo. El niño desobedece a su madre, la grita, la miente cuando quiere ver la televisión. El ama a su madre y no le gusta mentir, pero la fuerza de atracción de la televisión le ciega y rompe el éxtasis que vive con su madre. Educarlo es requisito para un buen pensar, para alcanzar el reto propuesto.

Educar el buen razonar

La racionalidad trabaja con conceptos a partir de los cuales formula juicios, establece raciocinios y desarrolla un discurso, todo ello bajo una lógica. Esta lógica debe seguir un modelo que no puede ser distinto al que experiencia en su vida espiritual. Tampoco puede seguir una lógica que le acorte la vivencia experiencial. Si el absoluto define los valores desde su presencia constitutiva en la consciencia ontológica, la racionalidad debe recoger el absoluto como el principio y fundamento que define los conceptos con que opera la razón. El concepto tiene el referente del

¹¹ Rom 5,1-5

¹² Jn 16,15

absoluto definidor. Un buen pensar requiere de una fundamentación en el principio que sustenta y con el que está en relación la experiencia vivencial. Esto es también un requisito para un buen pensar.

No a la identidad

Asentado esta fundamentación en el principio absoluto se debe rechazar todo discurso que discurra por la identidad de “un ser en cuanto ser”. Arrancar el pensamiento de la identidad supone un gran esfuerzo porque es peor que el sida: aparece como mal sin cura. Esa desinfección implica una crítica no a la realidad experiencial, sino a cómo se hace el razonamiento. La lógica con que funciona la lógica actual se fundamenta en la identidad. Ésta tergiversa y distorsiona la realidad.

Una racionalización que funciona con el principio del tercio excluido está condenada a permanecer en una identidad y su hermana la tautología. De esa manera se cierra el discurso humano en un campo de valores sin relación alguna, sin principio que los defina. Esta racionalización contradice la vivencia experiencial en la que la persona se comunica con el otro y el otro le comunica. No es la “sola palabra” simplemente escrita lo que da validez al entendimiento, sino la palabra entendida por inspiración en la persona y por la persona, captada por la inteligencia y conceptualizada en la razón.

CONCLUSIÓN

El buen pensar descansa no sobre abstractos, sino sobre realidades experiencialmente concretas. Si la persona no pone límites a la experienciación trascendente y espiritual y si ésta da dirección y sentido a la experienciación psicológica, cultiva un campo de experiencia ricamente abonado. Si la razón racionaliza desde el absoluto en que se apoya la vivencia experiencial, la persona alcanzará la posibilidad de una sistematización y ordenamiento de su experienciación vivencial en conformidad con el modelo metafísico. La realidad que vive será más comprensible y accesible, comunicable a otros pensamientos. Si la racionalización se acomete con medida y orden, se

podrá dialogar y las personas podrán aprender unas de otras. Eso ayuda a la integridad de los pueblos.

La racionalización libra de muchos males al hombre. Si se aprende a racionalizar se podrá construir el mundo global al que se avanza hoy en día. Unos podemos aprender de otros sencillamente porque la racionalización está abierta a ir descubriendo el mundo que vive el espíritu de cada persona. Y porque lo vive se le respeta. Esta experiencia mística sobrepasa lo que la razón puede abarcar. La razón está abierta a nuevos conocimientos, la vivencia experiencial, a nuevas experiencias. Esto ayuda a abrirnos a un mundo de diálogo y entendimiento. Este es el reto de la nueva educación humanista.

Cerrarse, por el contrario a esta apertura y diálogo supone caer en lo que Fernando Rielo denomina teorías débiles: *“Toda concepción ética, psicológica, pedagógica o filosófica que solape la definición del hombre se circunscribe dentro de lo que he venido en denominar “teorías débiles”, que, carentes de compromiso, no sólo ontológico, sino también metafísico prefieren asentarse en la insuficiencia de las diferentes formas de convencionalidad”*¹³.

La educación humanista tiene, pues, el reto a enseñar a razonar bien y experimentar bien como vías al diálogo y a la comunicación en una sociedad multicultural. No se puede aceptar una vía en la que todos tienen razón y cada uno tiene que tener la libertad para seguir la propia. En un mundo donde no hay Verdad que se le da al hombre que se abre al absoluto, sino verdades sin pretensión a que sea verdad. Construyamos un hijo de Dios con todas las grandezas que nos posibilitan su naturaleza deitática frente al hombre que vive en una relatividad donde más que un ser comunitario es un perro solitario incapaz de razonar.

¹³ Fernando Rielo, *Mis meditaciones metafísicas desde el modelo genético*. Madrid, 2001